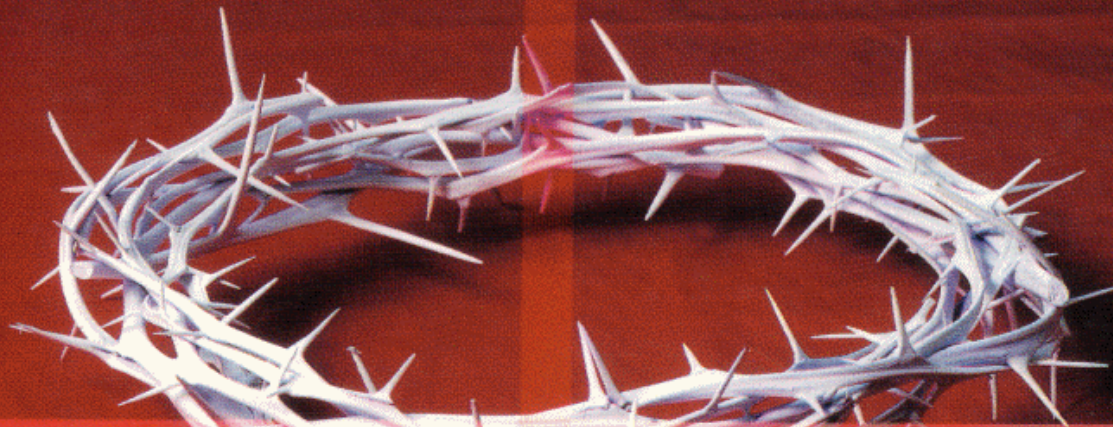


El hombre que murió
D. H. LAWRENCE

NARRATIVA



DAVID HERBERT LAWRENCE
El hombre que murió



LOSADA

Digitalizado por **LIBRO**dot.com
<http://www.librodot.com>

PRIMERA PARTE

Había una vez, en las proximidades de Jerusalén, un campesino, que adquirió un gallo de pelea de lamentable aspecto, animal que, en el transcurso de la primavera, llegó a desarrollar hermosas plumas, y que, para el tiempo en que las higueras pierden las hojas con que aderezan los extremos de sus ramas, se había convertido, gracias a su curvo gáznate anaranjado, en un magnífico ejemplar.

El labrador era pobre. Vivía en una casucha de adobe, cuyo único desahogo consistía en un pequeño patio destartado, donde había crecido una resistente higuera. A diario trabajaba duro en los olivares, trigales y viñedos de su señor, y siempre regresaba para dormir a aquella casa de atoba, situada al borde de un sendero. Pero estaba orgulloso de su lozano gallo. En aquel mismo patio tenía también tres escuálidas gallinas, que ponían unos huevos miserables, desperdigaban por doquier las escasas plumas que lucían y producían increíbles cantidades de suciedad. En una de las esquinas, bajo un techado de paja, se cobijaba un asno taciturno que, con cierta frecuencia, utilizaba el campesino para ir a su trabajo, aunque algunos días lo dejaba en casa. No hay que olvidar a la esposa del agricultor, una mujer bastante joven, de cejas negras, y no muy inclinada a trabajar, pues sus ocupaciones se limitaban a echar un poco de grano, o las sobras de las gachas de la comida, a las gallinas, y a segar, con ayuda de una hoz, algo de forraje verde para el burro.

Con el tiempo, aquel polluelo se convirtió en un gallo que llamaba la atención. Por algún capricho del destino, en aquel sucio patín, habitado por tres remedos de gallinas, era todo un gallito. Y pronto aprendió a estirar el cuello y a responder con agudos graznidos al canto de los otros gallos, que vivían más allá de su cercado, en un mundo desconocido para él. Emitía con vehemencia su quiquiriquí, porque los reclamos de aquellas aves lejanas le producían una insólita ansiedad.

"Mira cómo canta" -dijo el campesino, al tiempo que se levantaba de la cama y se pasaba por la cabeza la túnica de diario.

"Ése puede con veinte gallinas" -replicó la mujer.

El campesino se asomó a la ventana y contempló con orgullo al pollo, aquel gallo descarado y esplendoroso, que ya había trabado conocimiento íntimo con las tres astrosas gallinas. Pero el gallito ladeaba la cabeza para mejor escuchar los desafíos de los gallos invisibles y lejanos del mundo desconocido: eran voces fantasmales que, misteriosamente, le instaban a abandonar su limbo, y a las que respondía con sonoros desafíos, sin amilanarse jamás.

"El día menos pensado se nos escapa por ahí" -comentó la mujer del campesino.

Así que le tentaron con grano, lo atraparon y, aunque se resistió con alas y patas, le ataron por una de ellas a una cuerda, y se la ciñeron por encima del espolón; el otro extremo del cordel lo aseguraron al poste sobre el que descansaba el techado que resguardaba el reducto del asno.

Una vez libre, el gallo dio unas cuantas zancadas encabritadas, como muestra de su indignación hacia los humanos; llegó hasta donde la cuerda se lo permitía, dio un tirón y una sacudida de la pata que tenía atada, y rodó por el suelo al instante. Para horror de las miserables gallinas, se revolvió con furia en aquella hedionda superficie, hasta que, tras revolcarse en la inmundicia, consiguió ponerse en pie, postura en la que se mantuvo, como si se hubiera detenido a reflexionar. Tanto el labrador como su mujer se echaron a reír con ganas, y el gallito los oyó. Fue entonces cuando supo, con melancólico presentimiento, que estaba amarrado por una pata.

No volvió a hacer cabriolas, ni a agitar ni a erizar las plumas. Dentro de los límites de la sogá, caminaba con gesto sombrío. Aun así, se las apañaba para apoderarse de las mejores raciones de comida, y hasta apartaba alguna tajada especialmente suculenta para la que

consideraba su gallina preferida en cada momento. Incluso se abalanzaba con estremecida y violenta ferocidad sobre aquel ejemplar de su triple harén que, por descuido, caía dentro de su campo de acción, mientras emitía imperceptibles y seductores reclamos. Y respondía desafiante a los cantos de los otros gallos que, al amanecer, se escuchaban más allá de su limbo.

Pero comenzó a dar muestras de una feroz voracidad en la manera de engullir el alimento, mientras daba muestras de circunspección en la celebración de sus éxitos, cuando caía sobre una de aquellas pobres gallinas. Su canto, sobre todo, había perdido el dorado timbre que lo caracterizaba. Estaba atado por una pata, y lo sabía. Tanto su cuerpo como su alma y su espíritu estaban unidos a aquella cuerda.

En su fuero interno, sin embargo, su arrojo vital permanecía intacto. Tenía que romper aquella soga. Y una mañana, justo antes del amanecer, tras despertar con repentinas y renovadas fuerzas, dio un salto hacia delante, se ayudó con las alas, y la cuerda se rompió. Emitió un extraño y salvaje graznido, se encaramó de un salto hasta lo alto del cercado y, una vez allí, cantó con fuerza penetrante. Armó tal escándalo que el campesino se despertó.

En aquel mismo momento, y a la misma hora, anterior a la amanecida, de aquella misma mañana, un hombre, amortajado, despertaba de un largo sueño. Se sintió frío y entumecido, en aquel agujero excavado en la roca. Durante su larga modorra, había percibido que su cuerpo estaba completamente magullado, y aún seguía muy dolorido. Aunque no abrió los ojos, supo que estaba despierto, anquilosado, helado, agarrotado, dolorido y amortajado. Gélidas vendas cubrían su rostro, y también sus piernas, juntas. Sólo las manos tenía libres.

Tomó conciencia de que, si así lo quería, podía moverse. Pero no sintió deseo alguno de hacerlo. ¿A quién le gustaría volver a la vida después de la muerte? Ante la idea de realizar cualquier movimiento, notó cómo se removía en su interior una sensación de profunda náusea. Se sentía realmente mal por el hecho de haber recuperado la conciencia, esa extraña y desmedida conmoción que había tenido lugar en su ser. No había deseado tal cosa. Hubiera preferido permanecer allí, en aquel lugar, donde hasta la memoria era como un pedrusco muerto.

Como cuando se recibe una misiva devuelta, algo había vuelto a él, aunque permanecía anonadado por la náusea que aquel retorno le producía. Sus manos se movieron de repente; se alzaron frías, pesadas, doloridas. Las alzó para arrancar de su rostro las vendas que lo cubrían, para quitárselas de los hombros. Y las dejó caer de nuevo, frías, abotargadas, entumecidas, doloridas por el movimiento que habían realizado, y sin ganas de llevar a cabo ninguno más.

Una vez con la cara al descubierto y los hombros en libertad, se quedó tumbado de nuevo, yaciente, sumido en el reposo de la fría nada de la muerte. Era lo que más le apetecía. Y casi logró instalarse en la desolada y absoluta nada de quien ya pertenece al otro mundo.

Pero, de repente, cuando ya estaba casi muerto, tensadas por el dolor que sentía en las muñecas, sus manos se alzaron de nuevo, y comenzaron a desliar las vendas que unían sus rodillas, y sus pies comenzaron a moverse, a pesar de que aún tenía el pecho helado y como muerto.

Finalmente, abrió los ojos, en la oscuridad. ¡La misma oscuridad! Aunque debía de haber una levísima grieta por donde una insoportable luz hendía aquella negra oscuridad. No fue capaz de levantar la cabeza. Cerró los ojos de nuevo. Una vez más, todo había terminado.

Súbitamente, se recostó, y todo le dio vueltas. Cayeron las vendas. Estaba embutido entre unas estrechas paredes de piedra, que le provocaron la misma angustia que padecen los prisioneros. La luz se filtraba por algunas hendiduras. Con un esfuerzo, nacido de la misma repugnancia que sentía, se inclinó hacia delante, en aquel angosto pozo de piedra, y dirigió sus manos debilitadas hacia las rocas, hasta el lugar por donde se colaba la luz.

La fuerza le vino de alguna parte, probablemente de la misma repulsión que experimentaba; se produjo un estruendo, y la luz entró a raudales. El hombre muerto se

encontró agazapado en su cubil, mientras trataba de hacer frente a aquel insoportable torrente de claridad, y eso que apenas había amanecido. Hasta él llegó ese único hálito de penetrante vitalidad con que despunta el día, lo que significaba que estaba completamente despierto.

Muy despacio, con suma lentitud, salió a rastras de aquella celda de piedra, con los miramientos de quien sabe que ha sufrido gravísimos quebrantos. Dejó atrás vendas, sudario y aceites perfumados, y se puso en cuclillas, se apoyó en la pared de piedra, y buscó el olvido. Con inefable dolor, observó cómo sus maltrechos pies tocaban de nuevo el suelo y contempló aquellas escuálidas piernas, que habían perecido. Sintió dentro de sí un sufrimiento tan irreconocible, un dolor que tenía tanto que ver con la más completa decepción corporal, que optó por permanecer de pie, con una de sus maltratadas manos apoyada en el borde del sepulcro.

¡Estar allí! ¡Estar allí de nuevo, después de todo lo pasado! Contempló las vendas junto a sus pies muertos y, tras inclinarse, las recogió, las dobló y las introdujo en la cavidad rocosa que acababa de abandonar. Echó mano a continuación del sudario perfumado, se envolvió en él, como en una toga, y dirigió sus pasos hacia el pálido estremecimiento del alba.

Estaba solo. Tras haber muerto, se encontraba incluso más allá de la soledad.

Dominado todavía por una sensación de inefable desilusión, el hombre descendió, con sus pies doloridos, por aquella ladera rocosa, y pasó entre unos soldados que dormían junto a unos laureles silvestres, arrebujados en mantas de lana. En silencio, con los pies desnudos y maltrechos, envuelto en el blanco sudario, reparó un instante en los miembros inertes y hacinados de aquellos sayones. Aunque le resultaba repulsiva la visión de aquellos miserables cuerpos, no dejó de sentir una cierta compasión. Se dirigió hacia el camino, no fuera a ser que se despabilasen.

Como no tenía ningún sitio a donde ir, partió en dirección contraria a la de la ciudad que se encaramaba en las colinas. Despacio, siguió el camino que le alejaba de ella, y dejó atrás unos olivares, a cuyos pies, bajo el rocío matutino, languidecían rojas anémonas, rodeadas de hierba prieta, fuerte. El mismo mundo de siempre, la naturaleza, una avalancha de verdor; un ruiseñor, embriagador y melancólico, que canta dulcemente en unos matorrales junto a un arroyo; la naturaleza, el mismo e impercedero mundo, tanto al amanecer como en el ocaso, y para el cual él ya había muerto.

Con los pies malheridos, continuó su camino, sin pertenecer a este mundo ni al que ha de venir. Ni de aquí ni de allá; sin ver, pero no ciego, sino aturdido, se alejaba de la ciudad y sus alrededores, sin dejar de preguntarse por qué lo hacía, dominado por la confusa sensación que le producía la náusea de la desilusión, pero con una determinación de la que no era del todo consciente.

Mientras andaba, en aquel estado de semiinconsciencia, junto a las piedras de la cerca de un huerto de olivos, le llamó la atención el penetrante y estridente canto de un gallo muy cerca de él, un sonido que le hizo estremecerse, como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Por encima del camino, en una rama, vio a un gallo negro y anaranjado, y a un campesino, vestido con una túnica gris de lana, encaramado en lo más alto de un olivo. Tras saltar sobre la hierba, apareció otra vez el gallo negro y anaranjado, con su roja cresta y una cola de esplendorosas plumas.

"¡Atrapadlo, Señor! -gritó el campesino-; ¡que se me ha escapado!"

Tras esbozar una espontánea sonrisa, el interpelado extendió las enormes alas blancas de su sudario ante el ave saltarina. El gallo cayó al suelo, sin dejar de graznar y de agitar las alas. El rústico dio un salto. Se produjo un terrible batir de alas, al que siguió un zumbido de plumas, hasta que el campesino tuvo a buen recaudo, entre sus brazos, al gallo huido, con las alas replegadas, aunque el animal aún estiraba denodadamente la cabeza, y los redondos ojos se le salían de sus blancos párpados.

"¡El gallo, que se me había escapado!" -dijo el labrador, mientras tranquilizaba al pájaro con la mano izquierda y, sudoroso todavía, contemplaba la cara de aquel hombre envuelto en un blanco sudario.

Cuanto más miraba la macilenta y cadavérica cara del hombre que había muerto, más se descomponía el rostro del campesino, que se había quedado perplejo: aquel rostro de palidez mortal, al que le había crecido una barba negra, como a los muertos; aquellos oscuros ojos negros, abiertos como platos, como los de un cadáver; aquellas cicatrices, en su cerúlea frente. A pesar de toda su sangre fría, aquel hombre de campo se había quedado boquiabierto, incapaz como un niño de plantar cara a una situación así.

"¡No se asuste! -le dijo el hombre del sudario-; no estoy muerto. Me enterraron antes de tiempo. Por eso he vuelto a la vida. Aunque si me descubriesen, volverían a hacer lo mismo..."

Su voz transmitía un eco de antiquísimos agravios. ¡La humanidad! ¡Y más, los hombres revestidos de autoridad! Tan sólo podía hacer una cosa: fijó sus ojos negros e indiferentes en la furtiva y ansiosa mirada de aquel campesino, quien se acobardó, inerte ante aquella expresión de mortal indiferencia, de tan fría como resuelta determinación. Tan sólo acertó a pronunciar las palabras que más miedo le daban:

"¿Queréis esconderos en mí casa, Señor?"

"Sí; me gustaría descansar. Pero si hace algún comentario a alguien, ya sabe lo que le ocurrirá, que tendrá que comparecer ante la justicia."

"¿Yo? No diré una palabra. ¡Démonos prisa!"

Con miedo, el campesino echó un vistazo a su alrededor, mientras se preguntaba, mohíno, por qué se había metido en aquel lío. El hombre de los pies malheridos se encaramó pensamente al cercado del huerto de olivos, y siguió los pasos apresurados del taciturno labrador por el trigal verde que crecía bajo los árboles. Sintió, bajo aquellos pies que habían muerto, la fría suavidad del trigo nuevo, y percibió con claridad la dureza de su vida apartada. Contempló, en los salientes de las rocas, los tiernos y alicaídos capullos, grisáceos y plateados, de unas anémonas rojas. Pero también aquellas flores pertenecían a otro mundo. En el suyo, el hombre se encontraba solo, desesperadamente solo. Todo lo que veía a su alrededor formaba parte de un mundo que jamás había perecido. Pero él sí que había muerto, o le habían matado para sacarlo de ese mundo, y lo único que le quedaba era un gran vacío, una profunda náusea de amarga decepción.

Llegaron a una casa de adobe. Abatido, el campesino aguardó para ceder el paso a aquel hombre.

"¡Entrad, entrad! -le dijo-; ¡nadie nos ha visto!"

El hombre del blanco sudario penetró en aquella construcción de barro, seguido por un rastro de aromas de perfumes exóticos. El campesino cerró la puerta exterior, y franqueó otra interior que daba al patio, donde se encontraba el asno, tras unos altos muros para que nadie se lo robase. Con muestras de desasosiego, el campesino ató de nuevo al gallo. El hombre del rostro como la cera se sentó en una estera cerca del hogar. Se sentía agotado, casi sin sentido. Desde fuera, le llegó la voz susurrante del campesino: hablaba con su mujer, que había contemplado toda la escena desde la azotea.

Al poco, entraron ambos, y la mujer se cubrió el rostro. Sirvió un vaso de agua, y puso un poco de pan y unos higos secos en una bandeja de madera.

"¡Comed, Señor, comed! -dijo el labrador-; nadie nos ha visto"

Aunque el extraño no tenía ninguna gana, mojó un trozo de pan en el agua, y se lo llevó a la boca. Había que hacer por la vida. Pero toda ansia, hasta la de comer y beber, habían muerto en él. Se había levantado de su tumba sin desearlo, sin ganas de vivir siquiera, vacío de todo, menos de la abrumadora decepción que, como una náusea, le inundaba al recordar su vida pasada. Más profunda quizá que esa desilusión, más incluso que la conciencia recuperada, era aquella determinación carente de deseos.

El campesino y su mujer permanecían de pie en el marco de la puerta, y le observaban. Aterrados, se fijaron en las lívidas heridas de aquellas delgadas y pálidas manos, de los delicados pies, de aquel extraño; en las pequeñas laceraciones de aquella frente aún muerta. Con miedo, aspiraron el aroma de ricos perfumes que exhalaba su cuerpo, y repararon en el fino, inmaculado y caro lino. A lo mejor se trataba, en realidad, de un rey muerto, que

regresaba de la región de las sombras, aunque todavía permaneciera en los helados y remotos dominios de la muerte, mientras de su cuerpo transparente emanaban aquellos aromas, como si proviniesen de alguna flor exótica.

Tras haber tomado con dificultad un poco del pan humedecido, alzó los ojos hacia ellos. Y los contempló tal como eran: limitados, de escasos recursos, carentes de toda gracia en cuanto a gestos o valor. Así eran: perezosas e inevitables partes del mundo natural. No poseían ningún rasgo noble, pero el miedo les obligaba a mostrarse compasivos.

Y el extraño se compadeció de ellos, una vez más, porque sabía que reaccionarían mejor a la afabilidad, aunque sólo correspondieran con su torpe amabilidad.

"No se asusten -les dijo, sosegadamente-. Permítanme que me quede aquí, con ustedes, un poco de tiempo. No será demasiado. Luego me iré para siempre. Pero no se asusten. Nada malo les ocurrirá por culpa mía."

Le creyeron al instante, aunque el miedo no les había abandonado. Y ambos le replicaron:

"¡Quedaos, Señor, el tiempo que queráis! ¡Descansad! ¡Descansad tranquilamente!"

Pero estaban muertos de miedo.

Así que los dejó con sus cosas. El campesino se fue encaramado en el burro. Aunque el sol ya brillaba en todo su esplendor, en aquella casa oscura, con la puerta cerrada, el hombre se sintió otra vez como en la tumba. Y dijo a la mujer: "Preferiría echarme un rato fuera, en el patio".

Ella lo adecentó, y extendió una estera en el suelo. Al resguardo del cercado, el hombre se tumbó bajo el sol matutino. Desde aquella posición, contempló las primeras hojas verdes, vibrantes como llamas, en el extremo de las ramas de la higuera, que se perfilaban contra la desnudez del cielo primaveral. Pero el hombre que había muerto era incapaz de mirar; sólo estaba tendido al sol, que aún no calentaba demasiado, y no sentía deseo alguno, ni siquiera de moverse. Inerte por completo, se mostraba yacente al sol, con sus piernas delgadas, unos brazos escuálidos y lechosos, mientras sus negros y perfumados cabellos le caían por las cavidades del cuello. Mientras permanecía en esa posición, las gallinas cloqueaban y picoteaban, y el gallo que se había escapado se agazapaba en una esquina, cautivo y con la pata amarrada.

La mujer del campesino estaba asustada. Había mirado a hurtadillas y, tras observar que no se movía, tembló ante la idea de que hubiera un hombre muerto allí, en su patio. Pero el sol calentó más; él abrió los ojos, y la miró. Y en aquel instante, de nuevo se sintió atemorizada ante el hombre que estaba vivo, pero que no hablaba.

Había abierto los ojos, y contemplaba de nuevo el mundo, reluciente como un cristal. Aquello era la vida, de la que él ya nunca formaría parte. Pero allí estaba, resplandeciente, fuera de su alcance, como el cielo azul y la desnuda higuera con sus minúsculos brotes verdes. Tan brillante como un cristal, pero el hombre no se encontraba dentro del mundo, porque carecía de todo deseo.

Y, sin embargo, allí estaba; no había perecido. Pasó el día en un estado inconsciencia y, al caer la tarde, entró en la casa. El campesino regresó, pero estaba asustado y no tenía nada que decir. El extraño tomó unas pocas judías. A continuación, se lavó las manos, se volvió de cara a la pared y permaneció en silencio. El matrimonio calló también la boca, mientras contemplaba a su huésped dormido. Dado que el sueño era un estado tan cercano a la muerte, aún podía dormir.

Cuando el sol salió de nuevo, volvió a tumbarse en el patio. El sol era lo único que le atraía, lo único que aún ejercía una cierta influencia sobre él, porque le obligaba a anhelar el fresco aire de la mañana que le penetraba por la nariz, a contemplar el azul del cielo allí arriba. No le gustaba nada el hecho de que le hubiesen forzado a estar encerrado.

En cuanto salió al patio, el gallo cacareó. Su canto era frío, desganado; en sus graznidos se percibía algo más profundo que un mero disgusto: la necesidad de vivir, incluso de proclamar bien alto el triunfo de la vida. El hombre que había muerto se puso en pie, y observó al gallo que se había escapado, otra vez allí, descompuesto, alzado sobre sus patas,

con la cabeza estirada y el pico abierto, como un desafío de la vida frente a la muerte. Continuó con sus arrogantes cacareos que, aunque amortiguados por culpa de la cuerda que llevaba atada a la pata, no habían dejado de oírse. El hombre que había muerto echó una ojeada indiferente sobre la vida, y contempló, por todas partes, aquella vasta determinación que con tanta fuerza se exhibía en la cresta de las olas, tanto en bonanza como con tiempo revuelto, en las gotas de espuma procedentes del azul invisible, en el gallo negro y anaranjado o en las lenguas de verdor que brotaban en las ramas de la higuera. Todas las cosas y criaturas de la primavera se presentaban henchidas de deseo, de ganas de afirmarse. Eran como rizos de espuma de un enorme, oculto y poderoso mar, procedentes de una azul riada de deseo incorpóreo, que surgían por doquier, coloreados y tangibles, evanescentes, inmortales en el momento de su aparición. Y el hombre que había muerto contempló el gran salto a la existencia de las cosas que no habían muerto, pero no captó su trémulo deseo de existir, de ser. En su lugar, fijó su atención en aquel insistente y arrogante desafío hacia lo ya existente.

Con aquellos ojos que habían muerto bien abiertos, aunque todavía turbados, el hombre continuó echado, mientras contemplaba la eterna determinación de la vida. Entretanto, con su ojo inmóvil y plano, el gallo le devolvía la mirada vidriosa de cualquier ave. Pero el hombre que había muerto no veía sólo al animal, sino también la instantánea y acerada ola de la vida de la que el gallo no era más que la cresta. Observó los extraños movimientos de aquel ser mientras picoteaba y engullía sobras de comida; aquella mirada propia del ojo de la vida, siempre alerta y vigilante, arrogante y cauteloso; y su canto vital, graznido de triunfo y afirmación, aunque disminuido por causa de un cordel circunstancial. Y hasta le pareció oír el extraño parloteo de la vida misma, cuando el gallo imitó con gallardía el cloqueo de su gallina favorita al poner un huevo, a pesar de que aquel canto del macho adoptara el sepulcral acento que le imprimía la pata atada a una cuerda. El hombre le arrojó un trozo de pan, y oyó cómo el animal emitía un arrullo de increíble ternura, al tiempo que zarandeaba y ponía a buen recaudo el alimento para sus gallinas. Éstas acudieron con voracidad, y se llevaron el trozo de pan más allá del campo de acción que le permitía el cordel.

Orondo, el macho iba tras ellas, hasta que, de pronto, notó un tirón en el límite de su atadura que le obligó a desistir: se sintió hundido; decayó su entusiasmo; pareció encogerse; se habría agazapado en la sombra, a pesar de que aún era joven, como lo revelaban las plumas de su cola que, a pesar de tan lustrosas como lucían, aún no se habían desarrollado por completo. Aquella misma tarde, la marea de la vida que llevaba dentro le indujo a olvidar de nuevo. Cuando su gallina preferida comenzó a deambular con indiferencia cerca de él y emitió su canto para atraerlo, el gallo se precipitó sobre ella, con las plumas erizadas. El hombre que había muerto observó la inestable y oscilante vibración de aquel pájaro tan resuelto. Pero no fue en el macho en lo que se fijó, sino en la cresta de la ola de la vida, la misma que restalla a cada minuto en el vaivén de la marea del océano de la propia vida. Fue en aquel momento cuando tuvo la sensación de que el destino de la vida le resultaba más intenso y apremiante que el de la muerte. El hado de la muerte era como una sombra en comparación con el feroz destino de la vida, con el oleaje de la vida y su determinación.

Cuando cayó el crepúsculo, el campesino regresó a casa en el burro, y comentó: "¡Señor! dicen que alguien ha robado el cuerpo del huerto, que- la tumba está vacía y que han retirado la guardia. ¡Malditos romanos! Allí estaban unas mujeres, y lloraba".

El hombre que había muerto miró al hombre que no había muerto.

"Está bien -le dijo-. No comente nada, y estaremos a salvo."

El campesino se sintió aliviado. Tenía aspecto de sucio, de alelado: nunca resplandecería en él ni siquiera la gallardía de aquel gallo joven, al que había atado por una pata. Carecía de arrojo. Mas el hombre que había muerto pensó: "¿Por qué debería ser exaltado? Basta con remover los terrones para airearlos; no es preciso alzarlos. Que la tierra siga en su sitio, y que plante cara al cielo. Me equivoqué al tratar de ensalzarla, me metí donde no me llamaban. La reja del arado de la devastación hendirá el suelo de Judea, y la vida de este campesino será aventada, igual que un tabón. No hay hombre capaz de impedir que la tierra sea labrada. Se trata de eso, de cultivar, no de salvar...".

Contempló a aquel campesino, a aquel labrador, con compasión. El hombre que había muerto no sintió ni el más mínimo deseo de inmiscuirse en el alma del hombre que no había muerto, y que quizá nunca moriría, aunque sí que habría de retornar a la tierra. Que, llegado el momento, a ella regrese, y que nadie trate de entrometerse en lo que la tierra reclama como propio. Y el hombre doliente permitió que el labriego se apartase de él, porque carecía de la posibilidad de renacer. Sin embargo, el hombre que había muerto se paró a reflexionar: "Es mi anfitrión".

Al amanecer, cuando se sintió mejor, el hombre que había muerto se levantó y, de nuevo lentamente, dirigió sus pies ulcerados hacia el huerto, porque en un huerto había sido traicionado y, también en un huerto, enterrado. Tras rodear unos macizos de laurel, cerca ya de la pared de la roca, vio que una mujer, vestida de azul y amarillo, rondaba por la tumba, y que introducía la cabeza, una vez más, por la entrada del sepulcro, honda como un pozo sin fondo; pero allí no había nada. Se retorció las manos, y sollozó. Cuando se alejaba, vio al hombre vestido de blanco, de pie, junto a los laureles, y dio un grito, no sin pensar que se trataba de alguien que la espiaba. Acto seguido, exclamó: "¡Se lo han llevado de aquí!".

Y el hombre le llamó: "¡Magdalena!".

La mujer se tambaleó, como si fuera a caerse, porque le había reconocido. Y él le dijo: "¡Magdalena! No tengas miedo. Estoy vivo. Me enterraron demasiado pronto, y he retornado a la vida. He permanecido oculto en una casa".

Sin saber qué decir, la mujer se postró a sus pies para besarlos.

"No me toques, Magdalena -le reconvinó-. ¡Todavía no! Aún no estoy curado, ni he vuelto a tener contacto con los hombres."

La mujer se echó a llorar, por, e no sabía qué hacer. Y él añadió: "Vamos a otro sitio, ahí entre los arbustos, donde podamos hablar sin ser vistos".

Con el manto azul y la túnica amarilla, ella le siguió por entre los árboles, hasta que él se sentó bajo unos mirtos. Y él le dijo: "Todavía no estoy recuperado del todo. ¿Qué habrá .que hacer de ahora en adelante, Magdalena?".

"¡Maestro! -le respondió-. ¿Cuánto te hemos llorado! ¿Volverás con nosotros?"

"Lo que ha concluido, bien acabado está y, para mí, el final ya es pasado -le replicó-. El curso de agua fluirá hasta que no haya lluvia que lo abastezca; entonces, se secará. Para mí, aquella vida se acabó."

"¿Y renunciarás a tu victoria?" -le preguntó la mujer, con un dejo de tristeza.

"Mi triunfo -le respondió- consiste en que no estoy muerto. He sobrevivido a mi misión, y no sé nada más. En eso consiste mi victoria: he sobrevivido a la vida y a la muerte de mi irrupción en el mundo, pero todavía soy un hombre. Aún soy joven, Magdalena; ni siquiera he alcanzado la edad mediana. Estoy contento de que todo haya terminado. Así tenía que ser. Pero, ahora, estoy encantado de que todo haya concluido, de que ya haya pasado el día de mi intromisión. Han muerto en mí el maestro y el salvador. Y ya puedo dedicarme a mis cosas, a llevar mi propia vida."

Ella le escuchaba sin comprenderle del todo, aunque cierto malestar crecía en su interior, después de lo que le había oído decir.

"Pero, ¿volverás junto a nosotros?" -preguntó, con insistencia.

"No sé lo que haré -le contestó-. Cuando haya sanado por completo, lo tendré más claro. Pero mi misión ha concluido, igual que se acabaron mis enseñanzas; la muerte me ha librado de mi propia salvación. Magdalena, quiero llevar mi propia vida, la que me corresponda. Se acabó mi vida pública, esa vida en la que yo era importante. Ahora esperaré en la vida, sin decir nada, sin nadie que me traicione. Quise ser más de lo que abarcan mis manos y mis piernas, y me traicioné a mí mismo. Sé que juzgué mal al pobre Judas, porque he muerto, y ahora sé cuáles son mis limitaciones. Ahora puedo vivir sin luchar para imponerme, porque mi horizonte se acaba en la punta de mis dedos, y mis pasos no van más allá de donde me lleven mis pies. Sí, yo, el mismo que me entregaba a las multitudes, aun sin haber estrechado de verdad a nadie entre mis brazos. Pero Judas y

los sumos sacerdotes me libraron de mi propia salvación, y pronta podré encarar mi destino, como un hombre que, des de el mar, arriba a cualquier playa, solo, un día cualquiera al amanecer."

"¿Quieres estar solo en adelante? -le preguntó la mujer-. ¿Qué fue de tu misión? ¿Era todo mentira?"

"¡Claro que no! Tampoco puede decirse que tus amantes de otro tiempo representaran nada. Fueren mucho para ti, pero tú recibías más de lo que dabas. Y viniste a mí para que te salvase de tus propias liviandades. Pero, en lo que se refiere a mi misión, también yo me excedí: di mucho más de lo que recibí, y también eso produce aflicción y vanidad. Pílastos y los sumos sacerdotes me libraron de mis propios excesos salvadores. No pretendas sobrepasarte en lo que a la vida se refiere, Magdalena, porque eso no es sino otra forma de morir."

La mujer sopesó tales palabras con amargura, porque había arraigado en su interior la necesidad de darse por completo, y no soportaba que nadie se lo reprochase.

"¿No volverás con nosotros? ¿Has vuelto tan sólo para ti?"

Percibió el sarcasmo de su pregunta, y contempló aquella hermosa cara, todavía surcada por una imperiosa necesidad de salvación respecto de la mujer que había sido, la hembra que manejaba a los hombres a su voluntad. Sobre ella planeaba todavía, como una sombra, la necesidad de verse libre de la decrepita y contumaz Eva, que a tantos hombres había abrazado, de quienes había recibido mucho más de lo que había dado. Otra forma de perdición, sin embargo, pendía sobre ella: quería dar todo, sin recibir nada. Y eso también resulta excesivo, cruel, para un cuerpo acogedor.

"No he resucitado de entre los muertos para ir en busca de la muerte otra vez" -le replicó.

La mujer clavó sus ojos en él, y observó el cansancio marcado en su lívido rostro, la tremenda desilusión de sus ojos negros, así como la indiferencia que la sustentaba. Al ver cómo le miraba, se dijo para sí: "Ahora resultará que mis propios discípulos querrán que muera de nuevo, y todo porque he regresado de una forma distinta a como ellos esperaban".

"Pero, ¿volverás con nosotros, vendrás a vernos? ¿Con nosotros, que tanto te amamos?" -le preguntó. Con una leve sonrisa, le respondió que sí. Y añadió: "¿Tienes algo de dinero? ¿Me prestarías unas cuantas monedas? Te lo agradecería".

No llevaba mucho encima, pero se sintió encantada de ofrecérselo.

"¿Qué te parecería -le preguntó él-, si me fuera a tu casa, a vivir contigo?"

Ella le observó con sus enormes ojos azules, que emitían un extraño destello.

"¿Ahora mismo?" -le preguntó, con una singular entonación triunfal.

Y él, que en aquel momento se achicaba ante cualquier clase de victoria, propia o de los demás, le contestó: "¡Ahora mismo, no! Más adelante, cuando esté curado, y... haya vuelto a entrar en contacto con la carne".

Titubeó. Y supo en su corazón que nunca iría a vivir a casa de ella, porque se había percatado de aquel fulgor triunfal en sus ojos, de la imperiosa necesidad de dar. Con éxtasis, arrobada, ella le susurró: "Bien sabes que abandonarías todo por ti".

"¡No, no! ¡No es eso lo que te he preguntado!" 1

Como una lanzada en las entrañas, le invadió de nuevo una sensación de asco, la enorme náusea de la desilusión en cuanto a la vida que había conocido, y se acurrucó bajo los mirtos, sin fuerzas, aunque con los ojos abiertos. Ella le contempló de nuevo, y comprendió que no era el Mesías. El Mesías no había resucitado: todo, entusiasmo, ardiente pureza, arrobamiento juvenil, todo se había desvanecido. No era más que un hombre de mediana edad, descorazonado, dominado por una insuperable desgana, y con una voluntad tan firme que no habría amor capaz de doblegarla. No era el Maestro a quien había adorado, el joven exaltado y espiritual, aquel que había conmovido su alma. Estaba más cerca de los amantes que había conocido antes, pero poseído por una

indiferencia mucho más acentuada en lo relativo a cuestiones personales, mucho menos sensible.

Y se vio despojada de su extático y angustioso sentimiento de adoración. Aquel hombre resucitado representaba la muerte de sus sueños.

"Debes irte ahora -le dijo-. No me toques, porque pertenezco aún a la muerte. Regresaré a este mismo lugar dentro de tres días. Ven si quieres, al alba, y hablaremos de nuevo."

Conturbada y apesadumbrada, se alejó de su lado. Mas, mientras caminaba, su mente desechó la amarga realidad, recreó su capacidad de éxtasis y asombro, y decidió que el Maestro había resucitado, que no estaba muerto. ¡Había regresado el Salvador, el único capaz de ensalzar, el hacedor de maravillas! Había resucitado, y no como hombre, sino como el mismo Dios: la carne no podía rozarle, y sería arrebatado al Paraíso. Se trataba del más glorioso y fantasmagórico de los milagros.

Mientras tanto, el hombre que había muerto se recogió en sí mismo y, lentamente, recorrió la distancia que le separaba de la casa del campesino. Se sentía feliz de regresar a aquel lugar, lejos de Magdalena y de sus propios discípulos. Porque aquellos labradores participaban de la inercia de la tierra y le permitirían descansar, sin atosigarle.

La mujer estaba en la azotea; le buscaba con la mirada. Tenía miedo de que se hubiera marchado, porque su presencia en la casa había tenido sobre ella el mismo efecto que un vino delicado. Se apresuró a abrirle la puerta.

"¿Dónde habéis estado? -le preguntó-; ¿por qué os fuisteis?"

"He ido a dar un paseo por el huerto. He visto a una persona amiga, que me ha prestado algo de dinero. Aquí tiene."

Y extendió su esquelética mano con la pequeña suma que representaba todo lo que Magdalena le había entregado. Como no andaban bien de dinero, brillaron los ojos de la mujer del campesino, quien exclamó: "¡Oh, Señor! ¿De verdad es para mí?"

"¡Ahí lo tiene! -le replicó-; sirve para comprar pan, y el pan nos da vida."

Y fue a tumbarse de nuevo en el patio, del todo aliviado por encontrarse otra vez solo. Con aquellos campesinos podía estar a solas, cosa que sus propios amigos jamás le permitirían. En la seguridad que le daba aquel patio, hasta el gallito le resultaba agradable, incluso si graznaba con aquel incomparable entusiasmo suyo por la vida, aun cuando su canto finalizase en la insalvable humillación de estar atado por una pata. Aquel día el burro estaba en el cobertizo, y meneaba el rabo. El hombre que había muerto se tumbó, y se apartó de la vida por completo, dominado por la enfermedad de la muerte en vida.

Pero la mujer le llevó vino, agua y unos dulces; se despabiló; y comió un poco por complacerla. Hacía calor aquel día y, cuando ella se agachó para servirle, él contempló, bajo su túnica, cómo se agitaban los pechos de aquel humilde cuerpo. Supo que ella, joven y no desagradable como era, anhelaba que él la deseara. Y él, que nunca había conocido mujer, la hubiera deseado de haber podido. Pero no sentía ningún deseo de ella, aunque se sintió ligeramente atraído por aquel humilde cuerpo inclinado. Era incapaz de fundirse con los pensamientos, con la vida interior de aquella mujer. Ella estaba encantada con el dinero, y ahora quería conseguir algo más de él. Y deseó que aquel cuerpo la estrechara. Pero su pobre alma era seca, corta de miras y pacata, y, aunque su cuerpo experimentaba cierto deseo, carecía del sentido de cálido agradecimiento ante un regalo. En voz baja, él le dirigió unas palabras afables, y se dio la vuelta. Se sentía incapaz de tocar aquel pequeño y triste cuerpo: ni la pobre y limitada vida de aquella mujer, ni la de ningún otro ser. Sin dudarle siquiera, se apartó de todo aquello.

Aunque hubiera resucitado, había caído en la cuenta, finalmente, de que también el cuerpo gozaba de una vida propia a su manera, aunque, más allá de él, se extendiese la vida con mayúsculas. Era virgen, y le echaba para atrás la pobretona, pero ansiosa, vida de los cuerpos de cada cual. Ahora sabía que también la virginidad es una forma de deseo, y que el cuerpo está siempre dispuesto a dar y a tomar, a tomar y a dar, sin medida. Se daba cuenta

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

